

RAMÓN ROCHA MONROY

QUINTA EDICIÓN

POTOSÍ

1600

Grupo Editorial



PRIMERA PARTE

I

Leonor se insinuó en el portón de la casa contigua al convento de Santa Teresa y, arrebujada en negro manto, subió la pendiente que la llevaría a la iglesia de San Francisco. La seguían Paquita y la Mamay con misal, reclinatorio, novenarios, denarios y rosarios listos, mientras contestaban los rezos que proponía en pos de confesión el Muy Reverendo Padre Joseph de Quiroz.

Señor, tú que sacaste al profeta del lago,
de poder de gentiles sacaste a Santiago,
a santa Marina libreste del vientre del drago:
libra a mí, Dios mío, desta prisión do yago.

Cruzó el umbral de la venerable puerta y se precipitó a la imagen del Santo Cristo de la Vera Cruz. Paquita aprontó el reclinatorio para que el ama se postrara de hinojos, desnudara el rostro y mirara esa imagen que un buen día llegó en cajón de cedro al puerto de Veracruz, el primero que pisara Colón en el continente, con unas letras grabadas que no dejaban lugar a engaños: “Para San Francisco de Potosí”. Así, la caja había recorrido cientos de leguas, virreinos y capitanías generales para llegar de Nueva España a Nueva Granada y a Nueva Castilla y a Nueva Toledo y a la sede de la Audiencia de Charcas sin procesiones, liturgias ni protocolos, hasta ese luminoso amanecer en que apareció en las puertas de San Francisco, de la Villa Imperial de Potosí, urgida de que alguien izara sus leños cruzados y descubriera las finas formas. El Divino Rostro lucía cabello natural que no menguaba desde aquel ya lejano 1550, no obstante que manos de frailes, legos y beatas le cepillaban y

ofrecían reliquias con los pelos arrancados que cumplidamente crecían, incluidas algunas canas que pintaban madurez en la Divina Imagen.

Señor tú que libraste a la santa Susana,
del falso testimonio de la falsa compañía:
líbrame tú, mi Dios, desta coita tan maña,
dame tu misericordia, tira de mí tu saña.

Potosí había sido consagrado al patronato del Santísimo Sacramento, a la Purísima Concepción de María y al Apóstol Santiago, en célebres fiestas que duraron veinte días. A todas esas advocaciones Leonor invocaba con una angustia latente, pero bien administrada por el chocolate que le servía la Mamay y que se había convertido en un vicio desde aquel día en que recibió el primer embarque de manos de su prima, Doña Ximena, residente en Nueva España, y muy dada a interrumpir el oficio despachando con sus comadres una jícara de esa sangre vegetal cálida y espesa originaria de México. Dicen que el propio arzobispo concedía tres recreos durante la misa ordinaria para dejarse agasajar con tamales, hojaldres, alegrías y buenas tazas de esa bebida que era ya objeto de colectiva adicción.

A Jonás, el profeta, del vientre de la ballena,
en que moró tres días dentro en la mar llena,
sacástelo tú sano, como de casa buena:
Mexías, tú me salva sin culpa e sin pena.

Las jícaras mexicanas eran el orgullo de Leonor pues su uso no era frecuente en Potosí como lo era el de la yerba mate que llegaba del Paraguay, en un principio como remedio de botica, pero muy pronto como un vicio difícil de controlar. El padre

había adornado la dote de Leonor con seis delicados poros de plata blanca y maciza y seis bombillas del rico metal con incrustaciones de rubíes y esmeraldas.

A Leonor la afligían, sin embargo, cuitas más graves. Repetía, frente al retablo mayor, los siete pecados capitales y concluía que el mayor flagelo de Potosí era la codicia. Allí afinaba la terquedad de su marido, que hubiera accedido a cualquier demanda suya, menos a desamparar esa rica ciudad que les daba tanta riqueza.

Leonor recordaba esa vez que había nevado once días consecutivos. Al segundo ya no había bastimentos, en especial carbón. Al tercero comenzaron a llegar las siete plagas de Egipto, y culminando la docena de días en desastre total, porque la nieve se deshizo, crecieron las quebradas y hubo graves inundaciones con costo de vidas y casas derruidas. Pero acaeció que al mismo tiempo la nieve dejó descubiertas dos vetas de las más ricas del Cerro legendario: la Estaño y la Mendieta. Entonces nació el célebre refrán que dice: Año de nieves, año de bienes. La codicia de los potosinos no reparaba en pérdidas de vidas ni en los rigores de esa cruda estación que se iniciaba en mayo y se disipaba apenas en septiembre. Ellos decían que bien haya el rigor de la nieve, si al cabo el Cerro nieva plata y rosicler.

Ése era el cimientito de la caterva de dudas de Leonor sobre si obraba conforme a la gracia de Dios al obedecer a un marido tan codicioso a quien no ofendía la muerte temprana de seis hijos anteriores con tal de seguir recibiendo la dádiva mineral del Cerro Rico. ¿No había insistido en mudarse a la ciudad de La Plata o Chuquisaca, o comprar un fundo en el valle de Cinti, o volver a Castilla y vivir los días que restaban en sus vidas? Pero Francisco de Flores era tozudo: estaba poseído, como todos en Potosí, por el demonio de la codicia y no tenía cuero para los fríos. Únicamente para esperar, día a día, el reporte de haber

encontrado una nueva veta o el de contemplar maravillado los milagros del azogue o el de haber conseguido un nuevo procedimiento para beneficiar los negrillos o simplemente para ignorar la tragedia de su propia familia y esperar todos y cada uno de los días ese golpe de la fortuna que hizo millonarios a Juan de Villarroel y al Capitán Zapata y a su amigo Don Rodrigo Peláez y al Maestre de Campo Antonio López de Quiroga y a cuantos afortunados habían coqueteado con los favores del Cerro Rico.

En el fondo de su corazón, Leonor decía que ese era un Cerro khencha, que es como llaman aquí a la mala suerte, un viejo y rijoso crápula que dilapidaba una parte ínfima y, sin embargo, sobrenatural, de su fortuna, para alentar el vicio y el pecado en la imperial Villa, no obstante que en su vientre se sucedían las peores atrocidades, los crímenes más horrendos, el agobio más inicuo de la naturaleza sobre el hombre y del hombre sobre sus semejantes.

Por dentro, el rico Cerro era como un árbol de plata cuya cabeza había sido decapitada, según decían los indios, cosa tan cierta como una moneda de un peso de a ocho reales. La plata blanca de la punta, vetada de rosicler y de plomo ronco, los árboles argentinos que formaba la naturaleza con filamentos como ramas de pino, poco a poco habían ido desapareciendo para dar lugar a negrillos y otras mezclas rebeldes a todo beneficio. Si lo sabría Francisco, su esposo, azoguero, cuya vida se le iba en el ingenio de su propiedad, cavilando noche y día cómo arrancar el metal de la prisión de esas arcillas avaras.

Leonor contemplaba la Divina Clemencia y estaba a punto de maldecir por el sino de haber vivido ya tantos años en una tierra de rencores. ¿No habría sido mejor permanecer alrededor de una olla de duelos y quebrantos y padecer austeridad en la villa de su nacimiento que venir a esta ciudad opulenta donde nadie tenía comprada la vida?

En los detalles de su memoria había indulgencias para sus propios pecados, pero terribles recriminaciones para los ajenos. ¿No era pecado la contumacia del potosino suelo donde habitaban tantos advenedizos hombres de armas cuyas crueldades llegaron a oídos del Virrey Hurtado de Mendoza que ordenó que el Corregidor Polo de Ondegardo los desarmara y no permitiera gente alguna sin oficio conocido en la imperial Villa, sin éxito alguno? Porque era más fácil que un alfanje pasara por el ojo de una aguja, que el ánimo exaltado de los potosinos de entonces se aviniera con el prójimo.

Tristes eran los reconcomios de Leonor. ¿No maldecía la hora en que Francisco de Flores, su primer y único hombre, la llevó al Nuevo Mundo y el instante en que recalaron en Potosí? Sin embargo, esa tierra labraba en el alma sentimientos contrapuestos: tan pronto Leonor sentía que la odiaba con todo su ser, como le agradecía por la prosperidad, la opulencia, la despena llena y abundante con que mantenía su casa.

Con todo Francisco de Flores era reo de codicia, y quizá el Señor hallara modos de cobrarse muy caro este pecado capital: ése era el mayor temor de Leonor. ¿Cómo podía el humano entendimiento concebir que un padre perdiera seis hijos de tierna edad, tan sólo por no irse de esta Villa helada, únicamente por el vano afán de acumular pesos de plata? ¿Cómo podía obligar impunemente a su familia a vivir en esa tierra inhóspita donde, si no soplaban viento helado, caían granizos del tamaño de un huevo de paloma o, como era también frecuente, del volumen de un pomo de espada?

Leonor invocaba la protección celestial del Santo Cristo, por intercesión de su Santísima Madre que un buen día, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Limpia Concepción, se apareció en una plancha de plata nativa y maciza con filamentos de los más finos que era obra de maravilla y fue enviada al Viejo

Mundo, donde dicen que es venerada en la Iglesia de San Agustín de Barcelona. Recordaba además al Santísimo Sacramento, al Apóstol Santiago y a la Purísima, a cuyo santo patronazgo había sido encomendada la Villa.

Del fondo emergió la silueta de un anciano, cuyo hábito de San Francisco cubría con holgura su magro cuerpo. A los flancos de la tonsura, que era pura y simple calvicie, una cabellera incierta y conjetural, como hecha de briznas de nieve, y en el rostro blanco el fuego de sus ojos verdes: Fray Joseph de Quiroz asumía sonriente el rito semanal de dar confesión a esa santa mujer cuya copiosa limosna sostenía el gasto de flores y ceras del Retablo Mayor.

Unida en santo matrimonio con el azoguero Francisco de Flores, con buenos veinte años de residencia en el Nuevo Mundo, llevaba presta sus angustias a confesión. ¿Pero qué pecados podía cometer una mujer pía y fervorosa como ella? No era criatura de pecado sino de consejo. Tal como lo sospechara, se había confirmado su embarazo. Un nuevo hijo de Flores latía en sus entrañas, pero le hacía abrigar el oscuro temor de perderlo, como ya le había ocurrido con sus seis criaturas anteriores, una tras otra, a Dios gracias bautizadas y hoy en el Coro de los Ángeles, muertas por las inclemencias del tiempo, pues, no bien llegaban a Potosí, las helaba.

—¿De qué me ha servido, vuesa merced, retirarme al valle de Cinti, al valle de Mataka, a Presto o a Sopachuy, a la ciudad de La Plata o a Mondragón para alumbrar a mis hijos y criarlos, si de retorno cogieron resfrío y los recogió el Señor? Nueve años de mi vida lejos de mi marido, sabiéndolo amancebado con barraganas de la Villa, tan sólo por darle descendencia y...

—No volváis a ausentaros de Potosí —dijo el padre.

—¿Pero cómo? ¿A quién invoco? ¿Al Santo Cristo de la Veracruz? ¿A La Limpia Concepción? ¿Al Apóstol Santiago? ¿Al Santísimo Sacramento?

—No, hija, a San Nicolás de Tolentino, patrono de...

—...los panaderos...

—...y... de los partos difíciles.

—Pero, vuesa merced, ¿no es acaso patrono de parturientas y parteras San Ramón Nonato?

—San Nicolás también tuvo dificultades en nacer.

—¿Podrá San Nicolás, por ventura, interceder al Señor como no pudieron hacerlo antes no menos ilustres abogados?

—Ten fe en Dios, hija mía, y en la intercesión de San Nicolás. Ora mucho, cumple los preceptos, y haz amable tu dulce espera.

Leonor Guzmán de Flores cruzó el umbral de San Francisco, bajó las gradas del atrio, se dirigió a la Plaza del Gato y estaba radiante. Por fin un santo varón le daba una causa para recobrar la fe, redoblar sus ejercicios espirituales y abrigar la leve esperanza de que un milagro le diera, por fin, un retoño, y a Francisco de Flores el orgullo de preservar su apellido. Es cierto que se le vino la imagen de otro hombre de mirada perturbadora que dijo llamarse el Cerro, pero la desechó sin vacilaciones. Había tanto que comprar en Potosí: lechuguillas, polainas, puñetes, guarniciones, follajes en las calzas o muslos, tantas galas y aderezos... Y para las damas... Miles de almas ya llenaban la Plaza del Gato —llamada así por la voz indígena *kjatu*, que dice mercado—, y comentaban los estragos del temporal que había circundado el Cerro Rico y volcado toda su fuerza sobre la indefensa Villa. Pero la luz de la mañana resplandecía en el espejo ocre y carmesí de ese cono perfecto que tantos quintos de plata había dado al Rey, tanta riqueza a altares y hogares y tanta prosperidad a esas ciento

sesenta mil almas venidas de los cuatro puntos de la Rosa de los Vientos. Era cierto que en los callejones había tendales de tejas y que se contaban desgracias inverosímiles provocadas por la ventisca, pues allí estaba, como para demostrarlo, una súbita confirmación. De pronto, un grueso muro de adobe de carga y soguilla se vino abajo, con gran estrépito y polvo, desnudando a una extraña pareja: ella con enaguas de holanda y él vestido a las volandas, ambos esqueletos y atravesados con una tizona que les dio mejor vida antes de que mano asesina los empedrara en esa vieja casona de mediados del 1500, desguarnecida de pajas del techo y ahora con parte de sus muros caídos.

Pero en Potosí todo era posible: a cien varas de distancia la propia Virgen de la Candelaria buscaba tafetanes para la ropa íntima del Niño, pero de aquéllos llenos de molduras, repulgo y dobladillos; y terciopelos púrpura para las faldillas del Hijo Crucificado; y gregüescos y dominguillos para las delicadas antífonas de San José.

Regateaba reales y maravedíes, decía lindezas, aceptaba ofrendas y requiebros, caminaba con dulce y breve paso, la mano al socaire sosteniendo fino pañuelo de Cambray, y resulta que un gañán con aires de matarife que alza la daga para matar a una mujer con quien era fama que vivía en goce de fornicio, y ya lo hiciera si Nuestra Señora no lo toma delicadamente por la muñeca y le obliga a prosternarse y pensar en la salvación de su alma. Leonor cumplió rendida genuflexión al paso de La Candelaria y repitió una docena de letanías que Paquita y la Mamay contestaron debidamente.

El cielo, de un azul intenso, y la luz metálica de la mañana destacaban el cono augusto del Cerro, que dominaba como un ídolo a la Villa desvaída y de colores perdida a sus pies. En el aire frío y puro no volaban ni moscas, pero parecía natural que La Candelaria dejara a su paso una estela de angelitos sin nada

más que cabeza que revoloteaban risueños como si Potosí fuera un lienzo pintado por el Supremo Artista que creó este mundo.

Eso era Potosí, a mitad del Reino del Perú, en Nueva Toledo, en medio de la Provincia de Porco, la más rica del Arzobispado de los Charcas, tierra a la cual ningún milagro le era ajeno, como no lo era la intromisión del Maligno.

Potosí era ombligo de ciudades tan prósperas como la de los Reyes, Trujillo, Guamanga, Arequipa, Cusco y La Paz; La Plata y Misque; la provincia de Chichas, las del Tucumán, Paraguay, Buenos Aires y el Reino de Chile; ombligo ubicado en las faldas del Cerro Rico, señor de cinco mil indios que le sacaban las entrañas, cuerpo de tierra y alma de plata, “venerable anciano de cana y luenga barba, sentado en el centro de su bien formada máquina, adornado de preciosos vestidos, ceñidas sus sienes de Imperial Corona y flanqueado por columnas en las cuales se enreda uno de sus atributos imperiales: Non plus ultra, rodeada de triunfador laurel, cetro en la diestra mano, y en la siniestra una barra de plata, ofreciendo a los pies de las reales armas, que a su lado tenía. Mientras la Villa era una hermosísima y grave doncella sentada a la falda del Cerro, con riquísimos vestidos, adornando sus sienes Imperial diadema; cetro en la diestra mano puesta sobre el mundo”.

Hechas las compras, Leonor se retiró con pasos apresurados rumbo a la calle del Convento, ganó el portón de su casa y antes de franquearlo instruyó a Paquita que buscara presto a su comadre Maruja porque tenía nuevas que contarle, y ese domingo de Cuaresma la esperaba en la cocina de Flores para preparar deliciosas empanadas que aliviaran las viandas invariables en esos días de guardar.

De entrada, Leonor decidió que pasaría esos meses al calor del gran brasero, en el dulce afán de gestar y guisar los manjares más curiosos y codiciados que hubieran visitado la mesa de su señor.

En la tibieza encerrada de ese ambiente oraría a San Nicolás y convencería tal vez a su comadre Maruja de un propósito que se abría, cada vez más claro, en su corazón trajinado por la dura vida potosina.

Se le figuraba el galeón que partió de Cádiz y atracó en las Canarias y en Cuba y en Veracruz. Revivía el viaje por tierra a Nueva España, los días de golosinas y chocolates en casa de su prima Ximena y el azaroso descenso al puerto de Acapulco donde volvieron a embarcar rumbo a Portobello y al Callao y a Arica y otra vez por tierra a Potosí. Tantos afanes en pos del marido, tanto desplazarse por los valles vecinos sin poder dar hijos a Flores, y aquí estaba, como una primeriza, entre dudas y cavilaciones sobre el destino de esa criatura que crecería muy abrigada en su vientre y se templaría antes de exponerse a la helada si San Nicolás conseguía su propósito... aunque su marido, como todo varón en Potosí, se revolcara con putas de la peor especie.

La comadre Maruja vivía en la calle de San Lorenzo. No tardó en llegar y su expresión era una sola pregunta: ¿Qué le había dicho el padre Joseph?

—Un santo varón, comadre. Me dijo lo que mis oídos necesitaban escuchar: que no vuelva a moverme de Potosí, que Dios me ayudará a tenerlo.

—Ay, comadrita —se asustó Maruja—. Pero si aquí es peligroso parir. Sólo las indias se dan modos para no perder a sus hijos. Si lo sabré yo, que tengo que auxiliarlas en los peores trances.

—Es que me dio el nombre de un abogado santo.

Maruja la miró sin entender. El resplandor del horno de barro ya encendido la volvía rubicunda, aunque a la luz del día era morena. Era nacida en La Plata, decían que de madre india, pero la atracción del Cerro Rico la había hecho emigrar

siguiendo al marido Barrón, del gremio de azogueros pero por viejas artes consumado platero, a cuyo cuidado estaban los ornamentos de las iglesias y los ricos servicios que se usaban en casas de españoles y europeos de la nación que fuesen. Pero Maruja no atinaba visiblemente a saber si el santo abogado era de este mundo o del alto cielo.

—Me dijo que me encomendase a San Nicolás de Tolentino, comadre, el santo de los partos difíciles.

—Qué raro, si es santo de los panaderos —corrigió Maruja.

—Vaya uno a saber. Lo primero que pensé es que no tengo ninguna imagen, pero ni siquiera una mala pintura de él. ¿No viste por ahí alguna?

—Precisamente de San Nicolás, no, pero es cuestión de encargársela a Don Jacinto, el de Los Sobrinos de Pérez, que tienen santería en Madrid y pueden traerla en el próximo viaje. O a su mujer, doña Reposo, que es muy devota. Eso si no la tienen a mano.

—¿Y de Portobello, comadre? ¿O del Cusco? ¿O de Lima? ¿O más cerca, de Arica? ¿O de La Paz? ¿O quizá de la misma ciudad de La Plata? ¿O de las caletas de Chile?

Maruja la abrazó y derramó una lágrima; luego la tomó de los hombros y le miró a los ojos.

—Yo diría que ésta es la escena de la Visitación, cuando nuestra Santísima Madre fue de visita a su prima Santa Isabel, más vieja que yo, es cierto, y preñada de milagro —dijo.

Al oír la palabra “milagro”, volvió a la memoria de Leonor la imagen de ciertos ojos soñadores, pero de inmediato se recompuso.

—¿No es acaso lo que nos está ocurriendo, dicho sin pizca de soberbia?

—Pero con una diferencia muy grande, comadre —dijo Maruja, a punto de ahogarse en carcajadas—. Que ya no estoy para concebir... ni siquiera un buen pensamiento.

—Es lo que crees —rió también Leonor—. Si tú eres más joven que yo, y con un esfuerzo del compadre...

—Ya no está para achaques de amor y... el horno no está para bollos.

—Un hijo sería el consuelo de tu vejez.

—Ay, qué cosas dices, comadre —se sonrojó Maruja.

—Bueno, bueno. Dios dirá —reconvino Leonor—. Pero quiero revelarte otro secreto.

—¿Serán los vientos que amaneciste llena de secretos?

—Más que secreto, es un hallazgo, comadre, o una invención. He estado husmeando el cuaderno donde mi mamita anotaba sus recetas, y hay una de empanadas de jigote que se me ha ocurrido reformarla.

—¿Reformarla? ¿Y por qué?

—Porque tu compadre Francisco dice que mis empanadas no le quitan el frío. Y entonces he pensado que si fueran más calientitas y picantes, quizá... Pero el detalle no está en el ají o en el horno. Esa es mi invención.

—¿Pero en qué está entonces, comadre?

—En el caldo. Si son caldositas, si contienen un jugo picante, no hay frío que aguante.

—¿Pero... pero cómo piensas hacerlas caldosas? No se me ocurre manera sin que se remojen y se hagan un estropajo.

—Ahí está el secreto, comadre. Y no creas que me ha sido fácil hallarlo. He debido pensar en esto meses enteros, desde

el invierno anterior. Pero, sobre todo, en estos días de viento, aquí, en mi encierro, ansiosa de hablar con el padre Joseph para confesarme y hacerle mi consulta.

La criada ya había aprontado artesa, tabla de amasar, uslero e ingredientes. A tres libras de harina, Leonor echó un almíbar espeso hecho de doce onzas de azúcar en polvo disuelto en media taza de agua caliente, siete yemas y cinco claras de huevo, seis onzas de manteca y una taza de agua tibia muy salada. Luego ambas comadres sobaron la masa y cortaron círculos como de un palmo.

—Esto ya está listo —festejó Leonor—. Ahora viene lo más importante.

La Mamay había molido entretanto unas dieciséis vainas de ají colorado y las rehogaba con una libra de manteca hasta que el pícaro condimento quedó suelto. Comedida, Maruja acercó una olla de caldo de huesos de res y una taza, para echarlo al ají, pero Leonor la detuvo.

—Ahí está el secreto, comadre: por más caldo que le eches, igual se seca en el horno, quizá porque está muy caliente para que la masa cueza en un padrenuestro y diez avemarías. Pero yo tengo la solución. Es una sustancia con la que unté la papa y el lomito de res picados. Esta mezcla ya viene reposada desde ayer. Y vas a ver el resultado.

—Los hijos y las empanadas se hacen de noche —sonrió Maruja.

Echaron una porción de jigote mezclado con el ají rehogado en cada trozo de masa, cerraron ésta y la repulgaron con destreza, usaron una bandeja que introdujeron por la boca del horno, rezaron el segundo misterio gozoso, repitieron una docena de letanías y quitaron del horno las empanadas perfectamente cocidas.

Leonor sonreía triunfal cuando tomó con las manos desnudas una de ellas y la ofreció a su comadre, no sin antes prevenirle que tuviera cuidado con quemarse. Maruja la abrió soplándose los dedos, quitó una parte de la masa repulgada y lanzó un grito de dolor porque estalló el jugo caliente, le mojó la mano y la obligó a soltar la empanada que se estrelló en el piso en una hemorragia de un líquido tornasolado que brotaba sin fin del vientre de la horneada criatura. Leonor festejó con una carcajada, quitó el jugo de las manos de su comadre y las ungió con aceite de oliva para controlar la quemadura.

—Éste es mi secreto —dijo riendo—. Debes servirte con mucha precaución para no quemarte las manos, los labios, la lengua, la boca entera.

Entonces tomó otra empanada, la puso en un plato, le quitó parte del repulgue retostado y con una cucharilla hurgó en el interior, de donde extrajo una porción de jigote nadando en jugo. Así lo ofreció a su comadre que lo sopló antes de probarlo. Dio una señal de aprobación y tomó otra empanada, que comió imitando cada uno de los gestos de Leonor. De este modo, se zamparon como a seis empanadas por mocha, las últimas ya más frías y sin auxilio de cucharilla alguna, unas veces pringándose con el jugo espeso y pegajoso y otras sorbiendo ruidosamente como si juntas inventaran no sólo el modo de aliñar el nuevo manjar sino las buenas maneras de comerlo.

—Espera a que las pruebe Francisco, aunque le previne cómo debe servirse para que no haga el ridículo con sus amigos —festejó Leonor.

En la estancia contigua, Francisco de Flores recibía la visita de sus compañeros de oficio, los azogueros, y seguramente ya había repetido el rito porque reía a carcajadas y era festejado por todos, entre voces que alababan la calidad de las nuevas empanadas. Una ración de vino de Castilla llegado esa mañana

desde el puerto de Arica sirvió para los brindis. Leonor y su comadre Maruja preferían un par de tutumas de ese brebaje de indios que ellas apreciaban, más que los caldos castellanos, en el retiro de sus respectivas cocinas: la chicha de maíz.

Hay novelas que marcan hitos históricos e identifican a un país; en Bolivia una de esas obras es *Potosí 1600*, del escritor Ramón Rocha Monroy, que obtuvo el Premio Nacional de Novela 2002. Escrita como un homenaje a Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, cronista de la colonia que escribió la increíble Historia de la Villa Imperial de Potosí. Rocha Monroy logra dar con la atmósfera y el lenguaje propios de la época de esplendor del Cerro Rico, bajo cuyas faldas creció una ciudad que, en el siglo diecisiete, llegó a tener más población que varias de Europa y de cuyas bocaminas salió la plata que habría de crear el capitalismo. Rocha Monroy, creador de imágenes, reconstruye esos años feroces y maravillosos, brindándole a la obra una narrativa pocas veces vista en Bolivia. Refundando la novela histórica y creando personajes que por lo increíbles, bien pudieran haber existido. Magnífica obra y extraordinario autor. Hay que leerla.

Homero Carvalho Oliva

ISBN: 978-99974-59-05-3



9 789997 459053